

DE *Altos* OFICIOS

MUJERES Y HOMBRES QUE CONSTRUYERON A LOS ALTOS DE JALISCO

ELBA GÓMEZ OROZCO
COMPILADORA



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

De altos Oficios

**Mujeres y hombres que construyeron
a los Altos de Jalisco**

De altos Oficios

Mujeres y hombres que construyeron a los Altos de Jalisco

Elba Gómez Orozco (compiladora)

Enrique Casillas | Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra |

Eduardo Castellanos | Fernando Emmanuel Cortés Montañez |

María Esmeralda López Lupercio | Cristián García Lozano |

Ana Gabriela González Anaya | Martha González Hernández |

Ana Rosa González Pérez | Cándido González Pérez |

Mariano González | José de Jesús Huerta Vivanco | Osvaldo Ibarra |

Ana Luz Martínez González | Hugo Adrián Medrano Hernández |

Rutilo Tomás Rea Becerra | Rosana Romo Pérez |

Francisco Partida Hoy



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

De Altos Oficios Mujeres y hombres que construyeron a los Altos de Jalisco
D.R. © Enrique Casillas

Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra
Eduardo Castellanos
Fernando Emmanuel Cortés Montañez
María Esmeralda López Lupercio
Cristián García Lozano
Elba Gómez Orozco
Ana Gabriela González Anaya
Martha González Hernández
Ana Rosa González Pérez
Cándido González Pérez
Mariano González
José de Jesús Huerta Vivanco
Osvaldo Ibarra
Ana Luz Martínez González
Hugo Adrián Medrano Hernández
Rutilo Tomás Rea Becerra
Rosana Romo Pérez
Francisco Partida Hoy

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de los Altos
Av. Rafael Casillas Aceves No. 1200, Cp.P. 47620
Tepatitlán de Morelos, Jalisco, México.

Primera edición, noviembre 2023

ISBN en trámite

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

PRÓLOGO	9
BRACERO	13
Ana Rosa González Pérez Ana Luz Martínez González	
CÁCARO DE CINE	35
María Esmeralda López Lupercio	
CAMPANERO	55
Rosana Romo Pérez	
CARNICERO.....	67
Rutilo Tomás Rea Becerra Cándido González Pérez	
CURADORA DE EMPACHO	79
Cristián García Lozano	
COLOMBÓFILO	89
Mariano González	
EDITOR CARTONERO	97
Ana Gabriela González Anaya Cándido González Pérez	
HERRERO.....	115
Ana Gabriela González Anaya	
LADRILLERO	125
Osvaldo Ibarra	
LECHERO	137
Martha González Hernández	
PANADERO Y LUCHADOR	147
Eduardo Castellanos	
PRESTAMISTA.....	163
Enrique Casillas	
RADIOTÉCNICO	175
Hugo Adrián Medrano Hernández Cándido González Pérez	

RELOJERO	199
Amelia Rusbelina Castellanos Ibarra	
SEPULTURERO.....	213
Fernando Emmanuel Cortés Montañez	
TEJEDORA	245
José de Jesús Huerta Vivanco	
TELARISTA	253
Francisco Partida Hoy	

Prólogo

LO QUE USTED, amable lector tiene en sus manos o frente a su computadora (libro físico o electrónico), es el producto del trabajo de un grupo de alteños (creo que todos somos nacidos en estas tierras) que tienen amor por su lugar de nacimiento y por sus costumbres. Nos propusimos hace más de un año escribir sobre los diferentes oficios que han practicado nuestros ancestros. El objetivo principal es hacer un rescate de la historia de nuestra patria chica. Esta labor consiste en dar a conocer qué cosas se hacían y quiénes las llevaban a la práctica. Son una especie de historias de vida de las personas trabajadoras de nuestros pueblos. Quienes crecimos en un ambiente rural, sabemos que en una congregación aunque hubiera 30 comerciantes, siempre había uno que era más conocido que los otros por algunas razones; tal vez habría tres o cuatro carpinteros y también, siempre uno de ellos gozaba de mejor fama. La pretensión más importante es honrar la memoria de los pueblos a través del rescate social para cada una de las personas encargadas de los diferentes oficios.

Es del conocimiento popular que los hábitos hacen tradición y la tradición se convierte en memoria colectiva. Los quehaceres que llevaron a cabo las personas importantes de nuestro pueblo se convirtieron en costumbres y enraizaron en la memoria colectiva. Con este

primer libro que ponemos en circulación, confiamos en que es solamente el prelude de una cantidad importante que irán desfilando en presentaciones públicas para ampliar el rescate colectivo de nuestras costumbres. Quien fungía como cácaro del cine, tenía vida propia, y al relatar las cosas que se hacían, se rescata también para la memoria social la influencia del cine en las personas. No solamente se revive la historia de las personas en hechos aislados sino que se recuerdan los ambientes en los que se desarrollaban los quehaceres. Es decir, la mirada de los oficios se convierte en una ventana por medio de la cual se vuelve a vivir de las experiencias en el entorno de las actividades particulares. Cuando se habla de la Lucha Libre, no se trata solamente de esa actividad, sino que se explica cuál era el entorno social y qué prácticas se debían seguir para poder tener acceso a una casa y ver la televisión. Se incluyen personas, construcciones y cosas.

Cuando se describen las historias de las personas y los oficios, se rescata la memoria individual y el propio rescate la convierte en colectiva. El cascarón de la memoria individual se disuelve y se convierte en social. Esta es una cualidad de la exposición de estos trabajos: se habla de la memoria social a través de las de muchas personas. Cada trabajador relata su historia de vida y rememora los lugares, las personas y los hechos del pueblo, no solo de su quehacer particular. Y hay que resaltar el hecho de que por tratarse de interpretaciones individuales, hay ocasiones en que los responsables de los oficios refieren los hechos que escucharon y no necesariamente ellos los vivieron, entonces, involuntariamente se tergiversa la realidad. La memoria es intangible, entonces, esa cualidad le confiere rasgos que pueden estar no acordes a la realidad. En las poblaciones relacionadas con la producción del campo es común escuchar historias de descubrimientos de tesoros. Los mitos se mezclan con las realidades. La memoria como vehículo de los recuerdos a veces magnifica y en otras minimiza la realidad.

A través del estudio de los oficios pretendemos conocer el pasado y salta a la vista una duda razonable: ¿el pasado explica el presente

o el presente explica el pasado? Las dos posibles respuestas contienen gran parte de la razón. Primero porque el presente no se puede explicar sin el pasado, y porque el pasado no lo entenderíamos sin el presente. Razón de más para conocer de las formas en que nuestros vecinos hacían y hacen las cosas con las que vivimos y de las que nos sostenemos. No es de preocupar que haya dudas razonables en la interpretación que hablamos sobre la memoria colectiva, más bien es uno de los resultados positivos de nuestro trabajo, por eso hemos abordado, en temas de los oficios, el de sepulturero. En este quehacer en especial confluyen muchas historias de apariciones, de recuerdos y de muerte. Los mitos, las leyendas y las variadas prácticas religiosas forman parte invariablemente de la memoria social de los pueblos.

Los espacios físicos son importantes y aunque van cambiando con menor frecuencia que las costumbres, han dejado huella y se les menciona en cada relato de los diferentes oficios, estos son mercados, plazas públicas, calles, templos y casas habitación. Al igual que las personas, los edificios son objeto de testimonios en la vida diaria de la reproducción de los oficios en las poblaciones. Las rupturas, los cambios, son más accesibles en el aspecto físico que en el humano, pero de ambos se puede hacer análisis. Las costumbres cambian y los espacios donde se realizan también. Los cambios facilitan la observación.

De todo esto se trata el estudio del quehacer en una vida cotidiana de los pueblos, de la descripción de la reproducción en los diferentes oficios.

Cándido González

Don Armando Radios Radiotécnico

Hugo Adrián Medrano Hernández | Cándido González Pérez

DON ARMANDO HA SIDO RELIGIOSO desde muy pequeño. Un sacerdote le regaló un cajón para bolear zapatos y motivarlo a generar ingresos a corta edad. Él ha sido toda su vida emprendedor y el obsequio le cayó como anillo al dedo. Aún como alumno de sexto de primaria, tomó su instrumento de trabajo y se fue al centro de la población a buscar fortuna.

Llegó a una casa en la esquina de la plaza y ofreció sus servicios, a la señora le agradó el gesto del muchacho y le pidió que fuera al taller de su esposo y sacara la basura que se les había acumulado. Presto y atento, fue al taller que estaba “aquí adelantito” como le había dicho la señora. Era un negocio de reparación de automóviles y los desperdicios de estopas y latas se acumulaban en una mitad de tambo de metal. Lo sacó arrastrando con muchas dificultades y así lo llevó por la calle empedrada hasta las inmediaciones del río donde se depositaban en esa época. Regresó con menos dificultades a llevar el gran bulto de tambo para avisarles que ya había cumplido su tarea, le dijeron “ah, gracias”.

Una semana después acudió al mismo domicilio de la señora para ofrecer sus servicios de bolero de zapatos y le dijo la señora que su actitud no había sido correcta, que a su edad no debería mentir. “Yo

había confiado en ti”, le dijo, y “fallaste”. La señora Cuca, que a la postre sería una de sus grandes amigas, le preguntó por qué no había cumplido con su compromiso de recoger la basura y llevarla al depósito tal y como habían acordado. Le explicó que había cumplido su tarea al pie de la letra y que incluso le habían agradecido en el taller por su acción. La confusión obedeció a que a unos pasos del domicilio de doña Cuca había dos talleres: uno de mecánica y otro de radiotécnico “Servicio Alteño”, ella se refería al último y él se había confundido y vació de basura el erróneo.

Aclarada la confusión, la señora le pidió que fuera, ahora sí, al taller de su esposo y recogiera la basura. Ya en el taller y al conocerse del tema, todos rieron excepto el novel emprendedor. El dueño del taller, el señor Galdino Mora Mercado, cuando se aclaró la situación le dijo que recordaba haberlo visto arrastrar el enorme bulto de basura y le preguntó si los señores Gómez no la habían dado propina, le contestó que no, nada más le habían agradecido de buen grado cuando les dijo que ya había tirado su basura. Fue el año de 1966, Armando tenía 12 de edad.

“Ya le expliqué que yo nunca hice nada con mala intención, me dijo aquí abajo en el taller, pues yo fui al mecánico. Así los conocía uno a todos, cuando se dice taller, se entiende por mecánico. ¿Cuándo iba a pensar que era un taller de reparación de radios y electrodomésticos? Eso era a un lado de la casa y entonces ella me dijo no, era allá enfrente. Y luego ya me preguntó ¿y entonces no te dieron nada? No, nada. Qué ingratos, debieron haberte dado una propina. Entonces me dijo mira, ahí donde se ve ese letrero rojo, ese es el taller de mi marido. Ese letrero debí haberlo guardado, cuando me vine de allá del centro me lo traje y aquí lo tuve de recuerdo mucho tiempo, luego lo tiré, ahora me arrepiento, debí haberlo guardado. Pero pasan los años y se va uno llenando de cosas. Decía Radio Servicio Alteño. El negocio era grande, era regional, de todas partes venía a reparar sus aparatos, inclusive de Guadalajara,

más bien traían de allá equipos para arreglar a que llevaran de aquí para allá. Todo funcionaba con bulbos, había ya radios portátiles, pero de bulbos”.

En el taller hacían baterías, el nombre comercial eran Atlas, ahí trabajaban los hermanos de Galdino: Nacho, Antonio y otro que le decían Felo, eran originarios de Yahualica. Otro hermano —el primero que llegó a instalarse a Tepatitlán— fue Alberto, él los trajo a los demás; todos se dedicaban a los trabajos de electrónica. Al mayor que no le gustó la población para vivir, le dejó la responsabilidad a Galdino; además de la familia, enseñaron y contrataron a José Ulloa y otro de apellido Hurtado. Felo, además de radiotécnico, era buen músico y creó una orquesta que cobró fama regional.

“Esa fue mi historia de ingreso ahí con Galdino. Cuando les tiré la basura y les di grasa a todos. Me preguntó y ¿qué es lo que haces, nada más esto? Sí, le digo, nada más esto. Es que estoy yendo a la escuela, iba uno grande a la Primaria, y los que terminaban, repetían el sexto supuestamente para aprender más. Uno bien burrote grande junto a los chiquillos. Estuve en el Niño Artillero, mis hijas se mueren de risa porque les digo: miren, donde estudié la Primaria es museo. Y es que sí, ahí pegado al templo del Señor de la Misericordia lo hicieron museo. Era escuela de niños, no había niñas. Me dijo Galdino, quédate para que nos hagas mandados aquí a todos, ellos eran hombres casados. Aquí guarda tu cajoncito y los sábados nos das grasa y ganas más dinero. Te voy a empezar a pagar unos quince pesos por semana. Ese era un dinero ya seguro, y me quedé haciéndoles mandados. Había ocasiones que me traían para arriba y para abajo y otras en que nomás estaba cabeceando ahí sentado.

Galdino me quiso mucho porque yo era muy servicial, eso jugó a mi favor. Nunca me negaba, si fuera a deshora o si fueran horas extras, nunca le decía que no, siempre me vio buena disposición y

eso me benefició a la larga. Ellos estaban recién casados y cuando había pachanguitas ahí en los bailes en Tepa me decía: ¿me cuidas al niño? Tenían nada más uno, y aquí te quedas en la casa. Sí, los cuido. Ya les apoyaba con eso y no importaba a qué horas llegaran, inclusive si era muy tarde ahí me quedaba a dormir y me iba a la casa hasta el otro día. Si me iba a mi casa, él me llevaba. Era bonito porque me empezaron a considerar como de la familia. Yo vivía por la calle Córdoba, pero como fueron pasando los años, nos mudamos a Zaragoza, y después, ahí arriba de la casa de con el doctor, ahí mismo donde estaba el taller.

Me quedé con Galdino muy a gusto, se podría decir que era la niñera pero a mí no me importaba. Ahí comía, ahí dormía. Ahí empecé. Yo tenía sed de progresar. Galdino me veía con buena actitud y me empezó a soltar cositas y me gustó mucho la electrónica. Me empezó a soltar libros y yo los leía con mucho entusiasmo y me explicaba y yo le preguntaba. Él veía que yo mostraba mucho interés. Yo le preguntaba ¿no hay más libros? Y la electrónica avanzando mucho. Galdino fabricaba baterías para los radios portátiles porque también eran de bulbos. Les metían pilas grandotas para los ranchos para que aguantaran lo más que se pudiera, pero aun así en los lugares alejados se iban agotando rápido porque las personas que vivían ahí no tenían de otra más que el radio y lo escuchaban todo el día y los fines de semana venían a comprar su repuestos. Las baterías producían calor porque encendían luces, aunque fueran bajitas pero encendían luces y se agotaban más rápido. Ese era el funcionamiento”.

El dueño del taller incursionó en la venta de aparatos, ya no sólo la reparación. Iba a Guadalajara y llevaba al joven Armando para que lo apoyara, tenía un auto de marca Simca de origen italiano. Acudían a una fábrica de radios y transistores ubicada en la avenida González Gallo, estaban de moda los de marca Kenton y Majestic ya de transistores. Avanzó el negocio y comenzaron a ofrecer televisiones. Dice Armando que los radios de transistores eran de baja calidad y fallaban

constantemente, se descomponían los circuitos. Los clientes exigían garantías, mismas que no proveía la fábrica y entonces decidieron cancelar esa actividad, no más radios de transistores.

“Yo creciendo, enseguida que hacían falta refacciones, pues me llevaba a México. Nos íbamos en camión. Le hacía falta, le daba mucho servicio. Íbamos con un ingeniero Charlebins, era judío. Tenía rentadas vecindades como bodegas, vendía bulbos, transistores, condensadores, cerros, no paquetitos, cerros completos. Íbamos a la calle de República del Salvador en el centro, ahí tenía su oficina, un señor muy elegante. Decir oficina es decir mucho, estaba en un zaguán de una vecindad, hasta miserable para pagar. Tráiganle al señor Galdino su mercancía, empáquenles sus cajas. Y me decía a mí, mientras yo voy a otra tienda (me decía ‘cabrón’ por cariño). Te animas ir al hotel, sí, sí me voy. Había mucha seguridad.

Yo iba solo con dos cajas grandes de mercancía en el Metro. Recuerdo bien que me iba hasta un hotel, no había central camionera allá, acá tampoco, en Guadalajara los camiones se paraban en las calles, con oficinas chicas como en Tepa. Galdino fue mi patrón y fue mi padre, lo quise y lo amé mucho. Me hizo hombre, me hizo honrado. Galdino fue mi Ángel de la Guarda. Se quedó bien endrogado Galdino en aquellos años. Le quedó debiendo al judío \$3,800 pesos, era un dínal. Era todo el dinero del mundo. Le había dicho, le voy a tener toda la confianza del mundo para que me pague esto. Le voy a dar tres meses de plazo. Teníamos mucha clientela. Galdino me protegía mucho.

Yo era el preferido por los mandados, los otros eran técnicos y ganaban dinero, se pudieron haber hecho ricos. Había muchísimo trabajo, se amontonaban los equipos ahí, eran en verdad muchísimos, se atrasaban en las entregas de tanto trabajo que nos llegaba. Pero los señores tenían la falsa idea de que trabajaban nada más para sacar el gasto de la casa, no ambicionaban más. Se hacían las horas de salida y se iban, a ninguno se le ocurría seguir trabajando.



Los trabajadores del taller. De izquierda a derecha, el segundo es Armando “Radios” y el cuarto don Galdino Mora Mercado (Ca 1968).

Fuente: fotografía proporcionada por don Armando “Radios” de su archivo personal.

Podrían haberlo hecho pero ninguno quería, ninguno. Se pudieron haber hecho ricos en un ratito, pero no les interesaba nada, hasta llegaban a decir yo ya cumplí, con esto tengo para el gasto, ahí nos vemos mañana”.

Recuerda en especial a un trabajador: Jesús Jiménez, él era diferente a los otros, dice que fue de gran apoyo para él por todo lo que le aprendió, no sólo del quehacer sino por sus experiencias de vida. Él trabajaba en el taller como una forma de descanso, su principal negocio era un puesto de jugos y chocomiles en el mercado. A Jesús sí le interesaba ganar más dinero, en los pocos minutos que le dedicaba a la electrónica obtenía buenos beneficios. Gustaba decir frecuentemente “cuidado con las mujeres”, debió haber conocido malas experiencias. Iba solamente una hora al mediodía y regresaba en la tarde pero sin horario fijo. De otras actividades, dice Armando:

“Había unos aparatos en ese entonces que les decían ‘veinteras’ y que eran unas consolas de música que tenían como característica que siempre se atoraban, había muchos problemas con esas veinteras. A mí me ponían a enderezarlos, eran unos canales de lámina que se enchuecaban y ahí se atoraban los veintes. Los hermanos de Galdino se dedicaban a eso, entonces yo con un martillo y con una lija me ponía a reparar las famosas veinteras.

De todos esos favores les hacía yo, entonces como que eso les causó molestia a los compañeros porque me echaban pleito. Cuando me mandaban a algún mandado, yo tenía una frase que siempre les decía: ‘inmediatamente estoy ahí’, era para demostrar mi entusiasmo pero algunos compañeros les daban celos o algo de envidia porque veían que Galdino me veía bien como trabajador. Me decían ve a traer un café y yo les decía inmediatamente estoy ahí, entonces uno de los compañeros me dijo: vete a chingar a tu madre, inmediatamente estoy ahí, le dije, y eso le molestó mucho a Galdino y les dijo: no, miren, no confundan, este muchacho es buena persona y tiene buena actitud pero no es para que se burlen y menos para que lo ofendan. Una cosa es que yo lo deje que les traiga mandados pero otra cosa es que sean ofensivos con él. Yo veo que no le dan ni siquiera para que gaste algo y ahora hasta lo ofenden. No me gustó lo que le dijiste, le dijo a uno de ellos”.

Una actividad diferente que realizó Galdino para mejorar sus ingresos fue la contratación de viajes de excursión a Acapulco. Fue prolífico porque llegó a contratar hasta tres autobuses juntos. Llevaba al joven Armando para que le apoyara en cuestiones de planeación y en tareas sencillas que le facilitaban su administración del negocio.

En una ocasión que estaba por iniciar sus nuevas actividades llegó el patrón con la cara descajada, muy triste y hasta molesto. Había perdido el dinero de la deuda al señor Charlebins de la ciudad de México, la cantidad era exorbitante: \$3,800 pesos y habían desapareci-



De izquierda a derecha, el cuarto don Armando “Radios” (Ca.1970).

Fuente: foto del archivo personal de don Armando “Radios”.

do un momento después de haberlos visto juntos y hecho molote con una liga. La idea que tenía cuando llegara al negocio, era pedirle a Armando que fuera al Banco Industrial para que hiciera el depósito.

Estaba muy preocupado y les comentaba a sus amigos que iba a hablar con todo y pena con el señor de México y le iba a pedir una ampliación del plazo, y a decirle la verdad: que había extraviado el dinero que ya había reunido y listo para depositar. Pasaba el tiempo y parecía que la tristeza aumentaba. Le pidió a Armando que llevara algo a su casa. Él salió buscando el dinero perdido entre las banquetas donde recorrían a diario. Explica su recorrido:

“Pues ahí voy, iba caminando y crucé de con los Gordos, ahí voy buscando entre las banquetas, en la calle, buscando a ver si me encontraba el dinero, llegué a la esquina donde actualmente está el Café Parroquia, ahí di la vuelta para ir a su casa, yo siempre buscan-

do por todos lados, a ver si veía el dinero perdido. A unos pasos de la esquina había unos puestos de frutas y verduras, iba despacio por todos lados revisando. Había chiquihuites llenos de fruta, verdura, coles, manzanas. Eran unos chiquihuites con una base pequeña, el chiquihuite grande, se hacía más ancho todo para arriba. Había recovecos entre unos y otros. Afuera todo estaba empedrado, lo mismo que todo el mercado alrededor. Y que volteo debajo de unos chiquihuites, uno era de manzanas y otro de naranjas de petróleo, así les decían ‘de petróleo’ porque hubo un tiempo que las traían en la misma camioneta en la que transportaban el combustible para la venta y se compenetraban del olor. Pues estaba un chiquihuite de manzanas y otro de naranjas de petróleo y abajo, en medio, estaba el manajo de billetes con una liga, dije esos son, claro, esos eran, me acuerdo como si fuera ahorita. Volteo y veo el molote y al mismo tiempo volteo y veo al señor, al dueño del negocio, y pensé: no voy a decir nada y no me agacho tampoco porque me va a decir ¿qué levantaste?

Nadie lo había visto, estaban escondidos debajo del chiquihuite. El señor hubiera dicho que eran de él, sentía que se me salía el corazón. Un niño con ese dinero no era nada lógico. Luego entró una señora con un chiquihuitito que quería algo, entonces le dijo: pásese señora, y en la entrada que se dan, me agacho y recojo el molotote de billetes como con cuatro ligas. Me los eché en la bolsa, de ahí me fui con Cuca la esposa de Galdino, le hice todos los mandados que me dijo, no le platicué, yo quería darle la nueva a Galdino. La casa tenía una escalera bien larga y me puso a trapearla, le dije sí como no, ahorita. ¿Me preguntaba la señora Cuca cómo ves a mi marido? Pues bien madreando, yo era muy mal hablado. A mí ya me urgía ir al taller para entregarle su dinero, para verle cambiada su cara, para ver qué me decía. Donde atendía Galdino estaba un entrepaño alto, él se paraba y atendía la gente y los que trabajaban estaban sentados, entonces cada quien estaba en su trabajo y cuando llegaba un cliente, en el entrepaño Galdino los atendía parados. Entonces llegué y él parado al frente donde hacía sus notas.

Tengo todavía las notas con las que cobraba, unas decían de domicilio Esparza 60 y otras Esparza 90 A. Entonces entré al taller y él parado enfrente, le aviento así el rollo de dinero con su liguita, de a luego que entendió que era el suyo, lo que había perdido, le volvió la vida al cuerpo, puso unos ojos así grandotes.

Empezó a hacer conjeturas: ah, los dejé en la cama, no, le decía yo. En el baño, ahí estaban, no. Mi vieja los encontró cuando entré a almorzar, no. ¿Entonces dónde chingados estaban? Él tenía una mala costumbre que yo siempre le critiqué, siempre sacaba el pañuelo así, grande de la bolsa, para limpiarse el sudor, para las narices, pero sacaba el bulto grande y no se fijaba si traía más cosas, y estoy seguro que así tiró el dinero, lo traía junto al pañuelo, lo sacó, se limpió y tiró el dinero, estoy bien seguro. Pero yo siempre le había dicho, no hagas eso Galdino, no lo hagas. Bueno, entonces dime ¿dónde te los encontraste? Debajo de los chiquihuites de la frutería. ¿Nadie te vio? Ya le expliqué que los vi pero no le dije al señor porque luego me iba a decir que no eran míos, que esperé a que entrara alguien para que lo distrajera. Hiciste muy bien, me dijo. Ay gracias a Dios, y también a mí, cabrón, no me hagas a un lado. Ya empezó a decirles a todos fíjense bien lo que les voy a decir, él bien podría haberse quedado con el dinero porque se lo encontró en la calle, no aquí en el taller ni en mi casa. Se los halló en la calle, aquí está demostrando que es honesto, que hizo muy bien conmigo, \$3,800 pesos es muchísimo dinero”.

Armando recuerda cuando acompañaba a su patrón a la ciudad de México a comprarle al proveedor judío. Las primeras ocasiones fueron el año de 1968 cuando tuvieron lugar las Olimpiadas, dice que había solamente dos líneas del Metro. A Guadalajara lo mandaba solo pero a México no. Piensa que el evento de haberse encontrado el dinero fue algo muy bueno para él porque se ganó totalmente la confianza de Galdino pero de otro asunto también: sus compañeros dejaron de molestarlo, él ya se había posicionado en otro estatus. Dice que les hizo un sermón:



Don Galdino Mora Mercado y esposa (Ca. 1960).

Fuente: fotografía del archivo personal de don Armando “Radios”.

“Ya no me le van a decir nada al muchacho, si necesitan un café, ustedes van a ir por su café y ya no me lo van a maltratar, o si necesitan un mandado y si le piden de favor y él quiere hacérselo, se los hace, pero le dan propina, no es gato de ustedes”.

Pero un asunto especial fue su nuevo papel en el taller, relata:

“Ahora cuando se iba al mar a sus excursiones, me encargaba el taller a mí, yo era el mandadero pero ahora con el nuevo nombramiento: como encargado del taller. Tú recibes los aparatos, tú cobras, me guardas el dinero y hago cuentas contigo. Ahora yo era más o menos como el dueño y los trabajadores seguían siendo trabajadores. Ahí en el taller iba todo mundo a la plática, ahí se enteraba uno de todo, iban hasta los que fueron mis maestros en la escuela. Ahí iban y platicaban de todo y yo fui aprendiendo muchas cosas no

sólo del trabajo sino de cómo tratar a la gente. Yo aprendí mucho de los trabajadores, había uno que tuvo como quince hijos, llegaba y le decía a Galdino, ya nació otro ¿cómo ves? Y así no te pones a arreglar más aparatos para ganar más dinero, ponte a trabajar, no, yo con eso tengo, nada más con lo del gasto de la casa. Yo veía todo eso y se me iba quedando qué cosas debería hacer y cuáles no. Conformistas al cien por ciento.

Un día uno de ellos me echó pleito, uno que luego se fue a Estados Unidos y yo le dije: fíjense bien mis amigos lo que les voy a decir: no pierdo las esperanzas de que pronto ustedes trabajen para mí. Yo los veo muy atrasados teniendo mucho trabajo y oportunidades de ganar dinero y no les gusta hacerlo, un día van a trabajar para mí si Dios lo quiere. Oye nomás, decían, que vamos a trabajar para él, jajaja, se burlaban. Así quedó, me juzgaban de loco. El primer taller lo compré en 1978, de los dos que tenía Galdino primero le compré uno, el de enfrente, uno que estaba en la propiedad de un señor que le decían Cotetito que era dueño de La Chiquita, un local de café muy famoso. Al otro lado había un taller del señor Lupe Báez”.

Conforme iban pasando los años, él iba aprendiendo del trabajo que hacían sus compañeros, inició reparando bocinas, le pagaban de a cinco pesos por cada una. Era una esponja para obtener más conocimientos; se fijaba de todo lo que hacían, excepto de uno de ellos, egoísta, que no lo dejaba observar, se cubría para que no aprendiera. Por el contrario, don Jesús, el señor del local del mercado le explicaba cómo hacer las cosas, le aclaraba sus dudas. Otro evento trascendente que sucedió fue cuando el dueño del taller que estaba enfrente, donde se reparaban las televisiones, dijo que se había hartado del trabajo, que se iba a Estados Unidos, y un día, narra Armando:

“Don Lupe le dijo a Galdino, te vendo el taller con todo lo que ves, así como está. Yo no sé eso de reparar televisiones, pero Carlitos se queda contigo, le dijo. ¿Y él está de acuerdo? Ya le preguntaron

¿Güeres, estás de acuerdo? Así le decían ‘el Güeres’ a Carlos el que atendía. Sí, yo estoy de acuerdo, me quedo contigo si lo compras. Había muchos mostradores de JM Romo muy buenos. Había unas cosas que les dicen generadores de barra porque en ese tiempo no había señal de televisión todo el día y para repararlas si no tenías programas qué ver, esos aparatos la función que tenían era mandar señales de barras y con eso se detectaban las fallas, así hacía uno de cuenta que la televisión estaba encendida y proyectando señal. Todavía recuerdo los colores y el orden en que aparecían: blanco, amarillo, azul cielo, verde, púrpura, rojo y azul marino. Entonces le compró Galdino y yo empecé a practicar también a cosas de las televisiones, yo iba y le ayudaba en ratos y aprendía de esas reparaciones diferentes.

Yo ya reparaba de muchas cosas, pero me gustaba más lo de los estéreos de carro. Se empezaron a vender mucho en esa época y yo, digamos, me empecé a especializar en ese tipo de electrónica. Eran menos sofisticados, meter dos bocinas, audio, su pastilla, su motor, su banda y su cinta. Entonces empecé a desarmarlos y a aprender bien sobre esa técnica. A veces se aflojaba la cinta, se aflojaba el motor, se pegaba, todo se hacía manualmente, también ellos hacían todo manualmente. Hacían bobinas, hacían antenas, no era como ahora que compras ya todo hecho, no, entonces hacíamos todo con las uñas. Había estéreos Metroson, Muns, Iowa, se vino un contrabando fuerte. Unos estéreos bonitos, llegaban en grandes cantidades. Tenían condensador variable, era el que hacía el movimiento de las frecuencias, eran de aluminio con aislante, por un lado era positivo y por otro negativo, así se buscaban las estaciones. Con el movimiento del aluminio se descomponían y era cuando nos los traían, se oía que hacían mucho ruido. Era frecuente que les entraba humedad y eso los hacía fallar. Traían mucho estéreos de gente del rancho, traían muchos aparatos. Yo veía que ellos con un cuchillito, los desmontaban y los volvía a armar, luego a volver a probar a ver si ya había quedado. Y una noche se me ocurrió algo para mejorar

la técnica y al otro día llegué y desarmé un condensador variable para enderezarlo. Ya traía yo la idea de meterle un eliminador variable, era de 6 a 12 voltios con su positivo y su negativo. Era lo que había, viejitos, pero era lo que había. Tuve la destreza de aplicarle un voltaje muy pequeño, muy pequeño, porque si le mete uno algo fuerte, perfora y descompone el equipo, yo entonces experimenté poniéndole un voltaje muy bajito. Me puse un trapo negro, para que oscureciera, me tapé toda la cabeza así como en forma de reboso y hacía el flamazo muy pequeño, yo veía dónde hacía el corto y la aguja indicaba que estaba pegando. Al final, lo que a ellos les llevaba dos o tres horas en encontrar la falla y repararlo, yo lo hacía en cinco minutos cuando mucho. Entonces cuando llegaba un radio así, decía Galdino, ese pásenselo a Armando.

Empecé a ganar más dinero, luego, comprábamos transistores para la venta y reparación. Al inicio del uso de los transistores fallaban mucho, decía Galdino, ya no hay que traer, y yo le decía, al contrario, hay que traer por cerros, si fallan, es que se necesitan mucho. No lo pude convencer, entonces me dijo: tú cómpralos y tú gánale. Entonces mi fortuna iba creciendo. Yo iba y traía, los vendía y le ganaba un porcentaje. Después salieron los circuitos integrados, aunque empezaron con pruebas, pero empezaron a sustituir a los transistores. Yo compraba de a muchos; luego me surgió otro Ángel de la Guarda, un señor en Guadalajara que todavía vive, tiene más de ochenta años, Roberto Pérez Ayala, digamos que fue mi segundo padre. Él le vendía a Galdino pero cuando yo compré mi primer taller, me empezó a fiar. Yo le compraba muchísimo material, fiado, pero de a mucho, y le pagaba bien en los tiempos en que acordábamos y la confianza fue mutua, nos ayudábamos el uno al otro. Yo sentía que estaba haciendo mis pininos pero en verdad ya era reconocido porque me empezaron a contratar los de los famosos camiones azules que era la línea oficial de aquí de Tepa. Les instalaba los estéreos y muchas bocinas en los camiones. Eran los estéreos de ocho tracks que hicieron moda en esos años. Lo más común era que

se descomponían por suciedad, yo los abría, los limpiaba con tetracloruro de carbono y ya funcionaban bien. Ese producto lo vendían en las Farmacias Levi en la calle López Cotilla en Guadalajara. Con una pequeña compresora, le limpiaba uno con aire y luego con ese líquido. Dentro es puro carbón, como lápiz, se limpia con aire y ese líquido y quedaban como nuevos”.

La historia de la instalación de los estéreos a los autobuses, nació cuando dice Armando:

“Yo iba a Guadalajara y ya no pagaba pasaje, todos los choferes eran mis amigos porque les instalé estéreos a todos sus autobuses. Entonces empezó la fama conmigo buenísima, luego salieron los estéreos ya con radio, ahora eran las dos cosas: radio, cinta y balance. Yo instalaba en carros pero donde me fue mejor económicamente fue en los camiones porque se cobraba más caro, se les ponían bocinas por todo el pasillo. Un día llegó don Salvador que era casi el dueño de toda la empresa, por ejemplo aquí en Tapa eran de los dueños: Lupe Barba, Nacho Mora, los Vázquez y otros más pero el más conocido era don Salvador Hernández que era dueño también de la gasolinera de la Plaza de la Bandera en Guadalajara. También era dueño de camiones urbanos allá, riquísimo el señor. Casi nadie lo conocía porque era muy difícil entrar a platicar con él, la secretaria no permitía entrar casi a nadie, muy importante el hombre. Lo conocían los choferes porque a veces hacía una reunión de trabajo para hablar con ellos, pero el resto de la gente que quisiera tener el acceso para platicar con el hombre, no, imposible.

Entonces, se dio el caso de que compró una flotilla de camiones muy buenos marca Dina, nuevos por supuesto. Se los iba dando a trabajar a sus empleados más antiguos y a los nuevos les iba dejando los más viejitos, los de mayor uso. Esa empresa hacía excursiones para ir a Estados Unidos, inclusive hasta Canadá. Para eso, pues le dejaba los mejores camiones a los choferes más experimentados.

A mí me llegaron a platicar los choferes que hubo ocasiones en que entrando a Los Ángeles, iba gente corriendo para ver el camión, que decían: mira, un camión de Tapa, de los azules.

Un día yo estaba trabajando en un carro, poniéndole su estéreo y sus bocinas y me habló Galdino, ven Armando, un señor quiere hablar contigo. Yo tendría unos 17 años. A sus órdenes, ¿tú eres el que le instala el estéreo a los camiones? A sus órdenes. ¿Quién es tu patrón? Este mero, el señor Galdino. Mira, quiero que le instales estéreos a una flota de camiones que compré. Cada uno va a llegar con su estéreo y tú lo vas a instalar y le pones bocinas, yo te mando los aparatos pero sin bocinas, tú haces toda la instalación y me cobras por cada una y también su juego de bocinas. Pero no quiero que los camiones se paren, la última corrida de Guadalajara a Tapa es a las nueve y media, aquí llegan a las once, a veces a las doce. Necesito que hagas la instalación después de que lleguen y entonces tienes que desvelarte, yo quiero que hagas el trabajo en el descanso del camión. Si puedes dime para contar contigo. Ya le dije pues sí, sí me comprometo, yo hago el trabajo a la media noche hasta que termine. Yo llegaba a la casa a los dos de la mañana y a veces hasta las tres, todo lleno de lo que le decían ‘pica-pica’ que era pura fibra de vidrio, yo iba abriendo y caía el ‘pica-pica’ y por más que era uno cuidadoso, se llenaba de eso, era muy incómodo, pero era un buen trabajo. Llegaba a bañarme en la madrugada pero yo estaba bien contento porque instalé el primero, el segundo, el tercero, una larga fila.

Yo era el que escogía las bocinas y luego cobraba todo. Yo encargaba un tipo de bocinas marca Grave, con sus tapas doradas, muy bonitas. Todos los camiones traían sus cinco bocinas muy bonitas por todo el pasillo hasta atrás y otras dos al frente, yo hacía todo eso. Llegaba al trabajo en la mañana y me preguntaba Galdino ¿cómo te fue? Bien, me fui hasta que terminé, bueno, pues hazte la nota, porque nos dijo don Salvador, no me guarden ninguna. Galdino las mandaba a la gasolinera y el señor siempre fue excelente

buena paga, no como ahora que dicen ‘ahí me guardas la nota’. Yo me echaba en ese tiempo como cincuenta pesitos en cada instalación que eran muy buenos.

Empecé a comprar algunos terrenos, yo trabajaba y ganaba a diferencia de mis compañeros, siempre tuve ambición. Además le daba de comer a mis hermanos y a mi mamá. Cuando no había trabajo en las instalaciones, lo había en las reparaciones porque nunca dejaban de faltarles algo, no podía uno pensar que había dinero solamente cuando hubiera clientes para instalación. El señor Salvador siempre les exigía que trajeran sus camiones bien limpios y con su estéreo funcionando. Nunca me soltaron con el trabajo en los camiones de Tapa”.

La compra del primer taller

Un día llegó Galdino de mal humor, dijo que ya no quería el negocio de enfrente, el de las televisiones que no hacía mucho había comprado. Le mandó llamar al trabajador y le dijo que ya no le interesaba el taller, le ofreció vendérselo y no aceptó; la otra opción era cerrar y que se quedara sin trabajo. Luego tuvo una idea y le propuso a Armando que se quedara con el negocio:

“No, pues ¿yo cómo, con qué? ya ves que a mí me gusta lo de los estéreos, no me interesa lo de las televisiones. Entonces le dije ¿en cuánto lo quieres vender? Dame 180,000, no ¿de dónde saco esa cantidad? Ese dinero en 1978 era una cantidad exagerada. No tengo ese dinero, cómo ves si te doy la mitad y te voy pagando el resto. Yo tenía ya 90,000 en el Banco Industrial. Me dijo, sí, está bien, hazte la letra, 5,000 pesos por mes con los 90,000 de entrada. Le dije al trabajador, te voy a hacer socio, el taller va a ser para los dos, yo voy a dar el enganche, tú vas a firmar también, pero tu vas a ir dando 5,000 al mes. Vamos a trabajar pero a trabajar, nada de no cobrar a los amigos, a todos se les cobra y a pagar lo que debemos. Bueno, sí, me dijo, estoy de acuerdo.

El señor ese de Guadalajara que fue de mucho apoyo para mí, me dijo sí, te fío todo lo que necesites. Entonces agarré valor y le entré. Yo le pagaba Seguro Social al trabajador porque hacían visitas frecuentes y si no comprobabas que le estabas dando ese beneficio, te clausuraban o te ponían multas muy fuertes. Yo no corrí riesgos, lo registré y le pagaba mensualmente su afiliación. Inclusive en una ocasión me le puse al brinco al patrón porque siempre que llegaba el inspector del Seguro yo me salía corriendo y quitándome la bata, hasta que un día le dije, ya estuvo bueno, todos tienen Seguro, yo trabajo, reparo aparatos igual que ellos pero yo no tengo la prestación, y me dijo, está bien, tienes razón, de aquí en adelante vas a contar con tu afiliación. Yo ya tenía una camioneta y hacía mis vueltas a Guadalajara, pero también la usé para recoger televisiones a domicilio porque eran muy grandes y a la gente no le gustaba pagar taxi para llevarlas al taller, entonces primero me decían tiene esto y esto, luego yo iba en la camioneta y la recogía, la traía al negocio y la reparábamos, nada de tener el amontonadero de aparatos ahí sin arreglar, ahora que éramos dueños los dos, nos pusimos a trabajar en serio.

Yo me acabé la camioneta metiéndola en todas las calles empedradas, pero la gente quería ver su televisión en casa, entonces yo cobraba por todo eso, dábamos buen servicio. Era muy común entrar a las casas y toda la gente haciendo colchas, todas las señoras trabajaban en eso, haciendo colchas, hubo un boom de ese negocio, y todas las mujeres trabajaban pero querían estar viendo televisión. A todas las casas a donde iba a recoger la televisión, estaban haciendo colchas, nomás se oía el ruidito de las máquinas. Llevaba de a dos o tres televisiones diario, y lo primero que hacíamos era revisar los bulbos: o tenían gas, o tenían un corto, esos eran los principales problemas. El filamento está en el centro, las patas se llaman cátodos. Eso era un circuito integrado. Un tiempo fue que no teníamos ganancias porque teníamos que hacer primero el pago, pero nos fue bien. Cuando terminamos de pagar, le dije, ahora sí Miguel, vamos a ganar más dinero cada uno. Cuando él sólo ganaba unos 700 pesos

por semana, cuando yo agarré el negocio no le bajaban de 1,500, le fue muy bien. Yo administraba todo”.

La fayuca

Las familias de la región de los Altos de Jalisco son migrantes por tradiciones muy antiguas, la inmensa mayoría tiene familiares trabajando en Estados Unidos y hubo una época que puede considerarse como el paraíso de la fayuca. Un amigo de Armando traía aparatos nuevos para su venta y compartían ganancias. Además de los equipos traía los insumos indispensables para la instalación y posteriores reparaciones.

La compra del segundo taller

De manera similar a la venta del primer taller, en una ocasión llegó Galdino con cara de enfado y le dijo que iba a cerrar el negocio. Armando trataba de convencerlo que no lo hiciera porque de ahí obtenía buenos recursos y siempre es muy difícil iniciar algo nuevo como propietario. Le dijo que ya era su última palabra, que se lo iba a ofrecer a él para que se quedara de dueño pero que primero se lo iba a ofrecer a los otros trabajadores porque les correspondía por antigüedad. Les dio la noticia y todos estaban desconcertados, decían que estaban muy a gusto, que no era buena opción terminar el negocio. Les dijo algo que no les gustó mucho, a uno de ellos: te la pasas todo el día jugando en Caballeros de Colón; a otro: tú nada más sacas para comer y dejas tirado todo; yo pago impuestos, el Seguro, todos los gastos y a ustedes la verdad les importa muy poquito. Luego les dijo sin rodeos:

“Les voy a decir una cosa ¿saben quién nos está manteniendo? Y digo nos está, porque también me incluyo, Armando. Ah, decían, así como reclamando, ¿apoco no? Él se queda hasta las dos o tres de la mañana trabajando y a ustedes se les hace tarde diario para correr”.

En lo más álgido de las molestias del patrón, le dijo a uno de los trabajadores que hiciera la reparación de un estéreo que habían llevado. Se hizo la hora de comer y en esa ocasión no salió, se quedó toda la tarde y le ganó la desesperación porque cuando habían regresado no lo había podido terminar, decía que en lugar de embobinar la cinta, la expulsaba. Era el compañero que no le permitía que viera cómo trabajaba porque se podía enseñar. Le dijo Armando:

“Está muy fácil eso, a ver hazte para allá, le dije, ¿Adió? Claro, hazte para allá. ¿Qué hiciste, desbarataste el motor? Sí, ah bueno, está bien, siéntate allá, donde no me veas. Déjame ver, no, vete para allá ¿te acuerdas cómo te portabas tú de egoísta conmigo? No te voy a decir, yo también batallé. Ahorita vas a ver que sí funciona la cinta. Lo revisé y encontré que montaba el motor al revés, tienen unos imanes y él los ponía al revés. El motor en lugar de jalar la cinta, la mandaba para fuera. Armé el estéreo, le puse su cinta y lo empezó a enrollar, a trabajar como debía de ser. Le dije aquí está, ya listo. ¿Qué era? No, no sé. No te voy a decir por cómo te portaste conmigo”.

Galdino ya tenía sus ideas fijas y no las iba a cambiar, de acuerdo a la versión de Armando, cuando entró su hermano le dijo:

“Nacho, llegamos juntos aquí, ya no quiero el negocio, se los vendo a ustedes o lo cierro, ustedes deciden ¿lo quieres tú? Quédate con él. No Gallo, no me interesa el taller, le decía Gallo. Entonces sigo con Chuy, dijo, a ver Chuy te quedas con el negocio, no Galdino, ya sabes que a mí el taller no me interesa, yo siempre vengo como a disfrutar de la chamba y hago muy poquitas cosas, sabes que mi negocio es el mercado, esto para mí es una distracción y te ayudo como siempre lo he hecho, con muy poquito. Si vas a cerrar, pues ni modo, pero a mí no me interesa porque siento que tendría que dejar allá que para mí es lo más importante. Le dice entonces a José ¿te quedas con el negocio? no Galdino, yo de dónde te compro, yo soy

el que menos de todos. ¿Qué va a pasar aquí pues? No sabemos. Quedaba otro que tampoco lo quiso porque ya se iba a ir a Estados Unidos. Sigue Armando entonces ¿te interesa el taller? Sí, sí me interesa, yo me quedo con él, le dije. ¿En cuánto me lo vas a dar? Le pregunté, igual que el de enfrente, en 180,000 me dijo hay mucho material y un montón de notas, de pagos que le debían a Galdino, también por eso era por lo que estaba enfadado. Quedamos que le íbamos a hacer como el anterior, que le daba la mitad y la otra se la iba dando en mensualidades de a 5,000. Vendí un Volkswagen que traía muy arreglado, muy vistoso, le pagué a Galdino la mitad como quedamos y le firmé las letras. Entonces me dijo, pues ya te entrego, ya es tuyo el negocio, yo pensé que íbamos a empezar la siguiente semana, era un miércoles a las doce del día y me dijo no, ya es tuyo, tu cobra por los trabajos que están pendientes y agarra todos los aparatos que quieras.

Había mucho trabajo y entonces le dije mira, tu me ayudaste mucho, mucho, hay cantidad de trabajo pendiente ¿por qué no te quedas a trabajar conmigo? Ahora yo te ayudo. Tú agarras los aparatos que quieras, los reparas y cobras, eso es tuyo, quiero apoyarte en algo. Ya no tienes compromisos con nadie. No, la verdad, ya estoy muy enfadado. Te voy a ayudar un mes porque tú te la pasas en la calle. Les dije a todos ¿quieren trabajar ustedes? Se quedaron porque no tenían a dónde irse, les daba vergüenza irse a la competencia. Además eran flojos. Trabajaron conmigo, volteaban y me veían, quedaron humillados, les cumplí, les dije que un día iban a trabajar para mí. Tanto que me humillaron y que me maltrataban cuando les hacía mandados, ahora dependían de mí. Se quedaron un mes, uno de ellos me dijo este radio que está aquí es mío y aquel otro, no sé si te dijo Galdino, no, no hay problema, no hay que preguntarle a Galdino, llévatelo, si es tuyo llévatelo, recoge lo que sea tuyo, ni me preguntes. Cuando se iban a ir, yo no quería verlos, además tenía mucho trabajo fuera, les dije, ustedes llévense lo que sea de ustedes, no necesitan avisarme ni mostrarme nada.

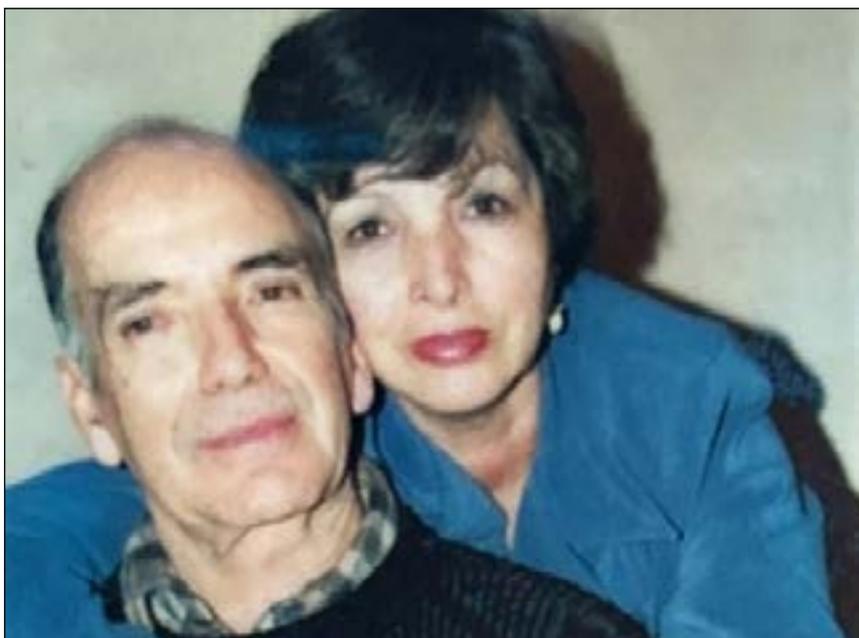
Chuy me platicó: ya se fue José y Nacho. Luego me enteré que habían platicado: nosotros somos los que reparamos, este taller se va para abajo. Me dijo que les comentó, no se equivoquen, ya nos demostró con el taller de enfrente que sí puede, yo dudo que cierre. Pusieron un taller entre los dos y luego me explicaba uno de ellos: oye que me llegó trabajo pero no tengo material ¿no me prestas? Yo tenía cajas y cajas de material de todas las cosas. Por mercadotecnia las empresas que vendían los circuitos le ponían números diferentes a lo que ofrecían, por ejemplo uno buscaba un TA8290 y resulta que había otros veinte números diferentes que eran igual al TA8290, entonces yo tenía cantidad enorme de cada cosa y los amigos no tenían para dar el servicio, me pedían que les prestara. A mí me falló no tener el tiempo de llevar un buen control del almacén, entonces encargaba de a veinte de a treinta y estaba haciendo los montones, podía pasar un año sin encargar nada. Yo fui muy honrado en mi trabajo.

Cuando iba por material a Guadalajara con un señor de nombre Memo, no me atendían en el mostrador, me decía pásate y agarra lo que necesites, entonces yo mostraba a la salida lo que llevaba y me hacían la cuenta, luego me decía “ahí me pagas el mes que entra, no te preocupes”. La verdad, ese es el sistema que tenían los judíos con los que comprábamos en México, no quieren que les pagues de contado porque entonces buscas precios, si le pagas de contado quiere decir que si encuentras otro más barato, ya no le compras a él, pero si te los llevas a crédito, tienes que volver con él.

Me cargó una vez una camioneta completa, me hizo la cuenta, tres mil y feria, le pagué y me fui, yo me llevaba a mi esposa y a mi hija, nos salimos y fuimos a comer. Yo traía mi duda, a ojo de pájaro se me hizo poco, cuando estábamos ordenando la comida, empecé a revisar la cuenta y nunca sumó unos bafles, estaba la cantidad arriba y le faltó sumarla, eran como cinco mil de diferencia, entonces le dije a mi esposa a ver tu súmale, sí, sí te cobró bien, jajaja, tú también, a ver revísale bien, ah sí, no cobró la cantidad de arriba, entonces me regresé y le dije oye Memo, no la amueles, mira qué friega me pusiste,

cómo, qué pena, a ver, lo asusté, estaba todo apenado, a ver en qué me equivoqué. A ver revisa tu nota, me fregaste duro. Lo descontrolé, estaba apurado y no encontraba el error, a ver Armando dígame en que lo jodí, no encuentro el error. Le dije sí me pusiste buena chinga, mira, empezando desde arriba. Ah, mira, no se las cobré, entonces no lo amolé. Entonces le dije, me regresé porque no me cobraste bien, así debe ser uno, honesto con los clientes y también con los proveedores, revisé que no me habías cobrado bien y vengo a pagarte”.

Después de la compra del segundo taller, hizo una casa a unas cuerdas de la plaza principal, cambió el negocio y ahí prestó sus servicios hasta finales del año 2022 hasta que un día, “igual que Galdino”, se enfadó y cerró.



Don Galdino Mora Mercado y esposa en edad adulta (Ca.1990).

Fuente: archivo de fotografía personal de don Armando “Radios”.

DE ALTOS OFICIOS
MUJERES Y HOMBRES QUE CONSTRUYERON
A LOS ALTOS DE JALISCO
se terminó de imprimir en diciembre de 2023
por Bookend servicios editoriales.
Enrique Ladrón de Guevara 1629-1, Paseos
del Sol, Zapopan Jalisco.

Hecho en México.

LO QUE USTED, amable lector tiene en sus manos o frente a su computadora (libro físico o electrónico), es el producto del trabajo de un grupo de alteños (creo que todos somos nacidos en estas tierras) que tienen amor por su lugar de nacimiento y por sus costumbres. Nos propusimos hace más de un año escribir sobre los diferentes oficios que han practicado nuestros ancestros. El objetivo principal es hacer un rescate de la historia de nuestra patria chica. Esta labor consiste en dar a conocer qué cosas se hacían y quiénes las llevaban a la práctica. Son una especie de historias de vida de las personas trabajadoras de nuestros pueblos. Quienes crecimos en un ambiente rural, sabemos que en una congregación aunque hubiera 30 comerciantes, siempre había uno que era más conocido que los otros por algunas razones; tal vez habría tres o cuatro carpinteros y también, siempre uno de ellos gozaba de mejor fama. La pretensión más importante es honrar la memoria de los pueblos a través del rescate social para cada una de las personas encargadas de los diferentes oficios.



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA



CUALTOS
Centro Universitario de los Altos

